



**Olalla Castro**  
**Ganadora del 21é Premi Tardor de Poesia, con el trabajo □ Los sonidos del barro**

▪

Cuando todo haga boom

**JavaScript no está habilitado!**

To display this content, you need a JavaScript capable browser.

swfobject.embedSWF('/plugins/content/avreloaded/mediaplayer.swf','avreloaded0','300','20','9.0

```
.115','/plugins/content/avreloaded/expressinstall.swf',  
{file:'https://amicdelanatura.org/archivos//audio/VEUTARDOR/olalla.mp3',width:'300',height:'20'  
,showeq:'false',searchbar:'false',enablejs:'false',autostart:'false',showicons:'true',showstop:'true',  
showdigits:'true',  
showdownload:'false',usefullscreen:'true',backcolor:'0xFFFFFF',frontcolor:'0x000000',  
lightcolor:'0x000000',screencolor:'0x000000',overstretch:'false'}  
,{allowscriptaccess:'always',seamlesstabbing:'true',allowfullscreen:'true',wmode:'window',bgcolor:  
r:'#FFFFFF',menu:'true'}, {id:'p_avreloaded0',styleclass:'allvideos'}});
```

Será muy tarde ya para culparse  
cuando todo haga Boom.  
Preocupados como estábamos  
por leer en los posos del café  
nuestro futuro,  
olvidamos las huellas  
y el barro en los zapatos.

Esta miseria es lo más nuestro  
que hemos sabido conservar,  
después de todo.  
Brindemos -chinchín-  
por los cadáveres que desfilan  
detrás de nuestra espalda.

Delicioso el blablablá  
que nos deja seguir  
cuando quiere imponerse  
el runrún de lo negro.  
Si algo aprendimos  
después de tantos siglos  
fue a ignorarnos,  
a extraviar la verdad en parloteos.

Qué fácil fue, a la postre,  
aplazar el runrún, los cadáveres,  
lo negro.  
Y creer que más tarde, que siempre,  
que mañana  
estaremos a tiempo de culparnos.

### Ballet de los prisioneros

Los prisioneros se mecen al unísono.  
Parecen flotar mientras caminan,  
aun cuando el peso de los grilletes  
se convierte en un ancla  
que apenas permite  
alzar los pies del suelo unos segundos.

A los guardias les gusta observar  
la danza delicada de uniformes,  
ese vaivén de cuerpos despoblados.

Algunos, en su afán de coreógrafos,  
golpean a los reos  
cuando pierden el ritmo.  
Otros, apostados en sus rifles,  
piensan sólo en el guiso de carne  
que bulle en las cazuelas,  
en los manteles blancos de las mesas,  
en sus esposas faenando en las cocinas,  
en los volantes bordados de sus faldas.

Los prisioneros bailan  
tragando la saliva y rezan

para que no improvise nadie  
y todo lo acelere  
el chasquear de un gatillo.  
Procuran no salirse de la fila,  
cuadrar sus movimientos,  
guardar la sincronía.

La música de su ballet es un adagio,  
un compás lento, vacilante:  
la cadencia sutil de los vencidos.

Algún día seremos su banquete

Hay bestias que nos siguen el rastro  
y saben oír el crujir de las hojas  
bajo nuestros pies,  
a millas de distancia.  
Distinguirán el sonido  
de nuestros pasos pequeños,  
por más que nos creamos tan descalzos.

Si por casualidad o por cansancio  
aflojamos la mandíbula,  
distendemos del todo los pulmones,  
la inhumana belleza de las bestias  
acabará con nosotros,  
dejando un rastro gris  
de rocas y ceniza.

Por eso  
rechinarán mis dientes  
hasta el último instante,  
contraeré cada músculo,  
mi cuerpo entero será nuestro vigía.

No dejaremos que nos venzan  
aunque no quepa duda:  
algún día, mi amor,  
seremos su banquete.

Caminar en la nieve no hace ruido

De Walser, admiraba su lento pero firme deslizamiento hacia el silencio...

Enrique Vila-Matas

Robert Walser sabía  
que caminar en la nieve no hace ruido  
y es imposible, pasadas unas horas,  
volver sobre tu rastro.  
No quiso embadurnar  
el silencio de los últimos años  
con el procaz estertor del moribundo.

Intentó parecer  
una mota de polvo,  
pero fue, a pesar de sí mismo,  
sobre todo una astilla.  
Probó infinitos trucos  
para hacerse invisible,  
pero acabó cada vez  
convertido en espejo.  
En aquel sanatorio  
donde dejó su mudez  
mensajes diminutos,

sólo él entendió  
cuán distinto era el blanco de la nieve  
al de los pijamas de hilo  
que usaban los enfermos.

El día antes de Navidad,  
eligió para el último paseo  
un abrigo muy negro  
y un sombrero de fieltro.  
Caminó varias leguas  
hasta frenarse en seco.  
Calibró la belleza  
de su cuerpo tendido  
y supo sin dudar que era allí:  
al fin sería tan sólo algo minúsculo,  
una mancha pequeña  
en aquel inmenso páramo de hielo.

Alejandra sisea

Y nada será tuyo, salvo un ir hacia donde no hay donde.

Alejandra Pizarnik

Alejandra sisea versos-barro  
y, de un lado a otro,  
mueve la cabeza.  
Fotografía con precisión  
los huesos rotos  
y desenfoca las llaves, las promesas.  
En sus imágenes borrosas,  
la verdad casi siempre

está fuera de campo.

Este viento del este  
arrastra sonidos mutilados  
hacia donde nunca hubo dónde.  
Todo está mal porque pocos  
hablaron del No, de los reversos,

Alejandra sabía que, a veces,  
la juventud es una cuerda.  
Un exilio, un féretro, una zanja.  
La palabra-iceberg  
contra el cálido verbo,  
contra la poesía que borda  
sus esquinas con puntillas.  
Alejandra  
contra el hilo de seda y los dedales,  
a todas horas recordándonos  
que las agujas están para pincharse.